

Bernardinum, Pelplin (Poland) 2024, 140 pp.  
ISBN 978-83-8333-217-8

En este breve libro, pues las 140 páginas de que se compone están repartidas entre el texto en polaco y su traducción inglesa, el filósofo personalista polaco Bartolomiej Sipinski nos ofrece un conjunto de breves pero frescos ensayos sobre el diálogo entendido en el sentido fuerte de Buber y, sobre todo, de Lévinas. Sipinski plantea la relación con el Otro como un elemento esencial en la comprensión del mundo y, desde esa perspectiva, recorre muchos de los problemas contemporáneos, desde el aborto a la eutanasia y el transhumanismo, pasando por las guerras, los emigrantes o la reciente pandemia afortunadamente ya desaparecida. La referencia al Otro se convierte en la clave de bóveda para comprender y analizar esas relaciones poniendo como presupuesto esencial –como es habitual en el personalismo– la donación de sí mismo al Otro. Una donación que activa y configura adecuadamente el marco para que, de acuerdo con Kant, la persona siempre sea respetada y no instrumentalizada.

Nos parecen particularmente sugerentes las reflexiones sobre el valor, en las que concordamos, ya que Sipinski afirma que “es imposible hablar de valores sin la persona” (91), cuestionando de este modo, si no nos equivocamos, las axiologías que objetivan el mundo de los valores que, por tanto, podrían existir sin personas. Particularmente interesante es el capítulo “Without face” (sin rostro), una reflexión sobre la posible cosificación de la persona al quedar oculta tras la máscara (mascarilla). La ocultación elimina el rostro, y la eliminación del rostro elimina a la persona, al menos de manera simbólica y dialógica, pues la relación se hace imposible. Una consideración que se opondría al niqab islámico y, por supuesto, al burka, aunque el autor no lo menciona. Muy clara, coherente y enérgica la defensa del embrión como persona y no solo como ser humano, basándose en la manifiesta continuidad del ser que se desarrolla. Y, puesto que estamos ante una persona, sostiene el autor, no existen opciones para el aborto, contra el que argumenta, además, desde el esquema dialógico. Si la mujer ha donado su cuerpo para que empiece

una nueva vida, esa donación ya no puede retractarse cuando esa vida ya está en marcha.

Dos consideraciones últimas. Sipinski pone en valor la misteriosa y potente relación del Yo con el Tú, esencial en el mundo de las personas, pero quizá cae en una sobrevaloración de este fenómeno, muy actual hoy en día, cuando afirma, por ejemplo, que “conciencia es, siempre, ser consciente de Alguien” (93). ¿No es posible, entonces, la autoconciencia, que es la que nos da identidad como Quién? Por otro lado, el autor distingue de manera algo sorprendente –al menos para mí– la antropología filosófica y personalismo, al indicar que la “antropología filosófica trata del hombre desde la perspectiva de su lugar en el universo, su actividad y su relación con la naturaleza. Mientras que el personalismo es una reflexión sobre la persona y su dignidad en todo ser humano. Por ello, el personalismo es más bien una ética con una orientación dialógica que un sistema filosófico” (125-126). Ahora bien, desde nuestro punto de vista, el personalismo es, ciertamente, una antropología (y también una ética). Lo que ocurre es que existen numerosas antropologías y el personalismo es la antropología que ve al hombre como persona. Podría ser que se tratara, de todos modos, de una cuestión de nombres, pero, dada la brevedad de los ensayos, no es posible disolver la duda.

Más allá de estas diferencias o discrepancias –que activan el diálogo–, este breve texto ofrece jugosas e interesantes interpretaciones, expuestas con elegancia y frescura no exenta de erudición. Por eso, recomendamos vivamente su lectura.

Juan Manuel Burgos